



## CAPÍTULO XXXI

### Caída de los hebertistas. Ejecución de Danton



EL invierno se iba pasando en luchas sordas entre los revolucionarios y los contrarrevolucionarios, notándose que éstos levantaban cada vez más la cabeza.

A principios de febrero, Robespierre se hizo el porta-voz de un movimiento contra ciertos convencionales en misión, que habían obrado, como Carrier en Nantes y Fouché en Lyon, con tremendo furor contra las ciudades sublevadas, sin saber distinguir entre los instigadores de esos levantamientos y los hombres del pueblo que a ellos habían sido inducidos (1). Pidió el llamamiento de esos convencionales, y les amenazó con el proceso; pero ese intento fracasó. El 5 ventoso (23 febrero), Carrier fué amnistiado

(1) Se sabe que el joven Julien le había hablado francamente del exceso de los representantes en misión, y sobre todo de los de Carrier. Véase *Une mission en Vendée*.

por la Convención, lo que significaba que se pasaba la esponja sobre los actos de todos los representantes en misión, cualesquiera que fuesen sus faltas. Los hebertistas triunfaban; Robespierre y Couthon, enfermos, no se dejaban ver.

Entre tanto, Saint-Just, de vuelta del ejército, pronunció en la Convención el 8 ventoso (26 febrero) un discurso que produjo gran sensación y trastornó todos los planes. Lejos de hablar de clemencia, Saint-Just hizo suyo el programa terrorista de los hebertistas.



CARRIER

(Croquis ejecutado en la Convención)

También él amenazó, y más fuerte que ellos: prometió dirigirse precisamente contra el partido de los «hombres gastados», indicando como víctimas inmediatas de la guillotina los dantonistas, la «secta política» que «marcha lentamente», «juega a todos los partidos» y prepara la vuelta de la reacción; que habla de clemencia. «porque esas gentes no se sienten asaz virtuosas para ser terribles». Podía Saint-Just hablar fuerte, porque hablaba

en nombre de la probidad republicana, mientras los hebertistas se burlaban de ella, al menos en palabras, y daban así a sus enemigos la posibilidad de confundirlos con la turba de los «aprovechados» de la burguesía, que sólo veían en la Revolución el medio de enriquecerse.

En cuanto a las cuestiones económicas, la táctica de Saint-Just, en su dictamen del 8 ventoso, consistió en tomar vagamente por su cuenta algunas ideas de los rabiosos, declarando que no había pensado hasta entonces en esas cuestiones. «La fuerza de las cosas, dijo, nos conduce quizá a resultados imprevistos.» Pero hoy que pienso, no voy contra la opulencia en sí; no voy contra ella sino porque los enemigos de la Revolución la detentan: «Las propiedades de los pa-

*triotas son sagradas, pero los bienes de los conspiradores están ahí para los desgraciados.* » Desarrolló algunas ideas sobre la propiedad del suelo: quería que la tierra perteneciera al que la cultivara; que se expropiara al propietario que no la cultivara durante veinte o cincuenta años; soñó en una democracia de pequeños propietarios virtuosos que vivieran en un modesto bienestar, y terminó pidiendo la expropiación de las tierras de los conspiradores para darlas



CARRIER EN NANTES

(Estampa antirrevolucionaria)

« a los desgraciados ». No puede haber libertad mientras haya desgraciados, indigentes, y en tanto que las relaciones civiles (económicas) terminen en necesidades contrarias a la forma de gobierno. « Es imposible, dijo, que se establezca la libertad, si es posible sublevar los desgraciados contra el nuevo orden de cosas; no puede menos de haber desgraciados si no se hace de modo que cada uno posea un terreno... Ha de destruirse la mendicidad por la distribución de los bienes nacionales a los pobres. » Habló también de una especie de seguro nacional, de un « dominio público establecido para reparar el infortunio del cuerpo social », que sirva para recompensar la virtud, para

reparar las desgracias individuales y para la educación. Y con todo eso, mucho Terror; era el terror hebertista ligeramente matizado de socialismo; pero ese socialismo era informe, truncado; son máximas y no proyectos de legislación. Se ve que Saint-Just sólo se proponía probar lo que él mismo expuso: que «la Montaña permanecía siendo la cima revolucionaria». No se dejará adelantar; guillotinará a los rabiosos y a los hebertistas, pero tomando algo de ellos.



CARRIER EN NANTES

Por ese dictamen Saint-Just obtuvo de la Convención dos decretos: uno respondía a los que pedían clemencia; el Comité de Seguridad general quedaba investido del poder de poner en libertad a «dos patriotas detenidos»; el otro parecía adelantarse a los hebertistas y tranquilizar al mismo tiempo a los compradores de bienes nacionales: las propiedades de los patriotas serán sagradas; pero los bienes de los enemigos de la Revolución serán secuestrados en beneficio de la República; en cuanto a esos enemigos, serán detenidos hasta la paz, y después desterrados. Los que querían que la Revolución marchara adelante quedaron defraudados. De aquel discurso sólo quedaron palabras.

Entonces se determinaron a obrar los franciscanos. El 14 ventoso (4 marzo) cubrieron con un velo negro el Cuadro de los Derechos del Hombre. Vincent habló de la guillotina, y Hebert habló contra Amar, del Comité de Seguridad general, que vacilaba en enviar al tribunal revolucionario sesenta y un girondinos. Con palabras cubiertas designó al mismo Robespierre, no como obstáculo a cambios importantes, sino como defensor de Desmoulin. Todo era volver al Terror. Carrier llegó a soltar la palabra insurrección.

Mas París no se movió, y el Ayuntamiento no quiso oír a los franciscanos hebertistas. Entonces, en la noche del 23 ventoso (13 marzo) fueron presos los jefes hebertistas Hebert, Momoro, Vincent, Rossin, Ducroquet y Laumur, y el Comité de Salud pública exparció a su cargo, por Billaud-Varenne,



AHOGAMIENTOS EN EL LOIRE POR ORDEN DE CARRIER  
EN 6 Y 7 DE DICIEMBRE DE 1793

toda clase de fábulas y calumnias: querían, decía Billaud, hacer en las cárceles un degüello de realistas; trataban de saquear la Moneda; habían enterrado víveres para producir el hambre en París.

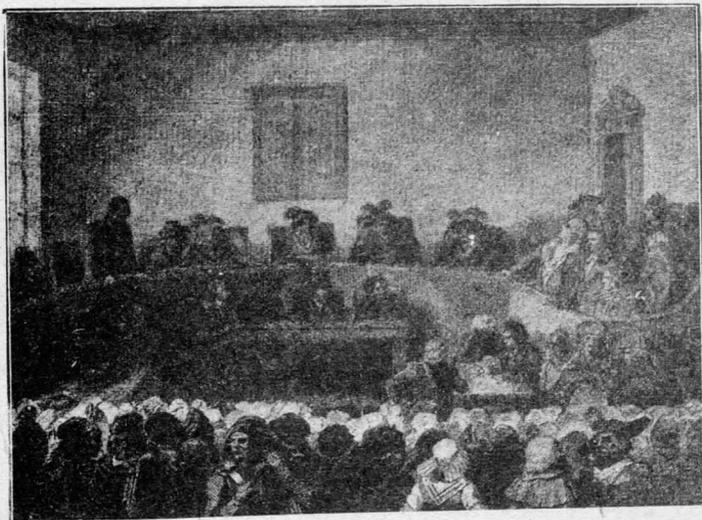
El 28 ventoso (18 marzo) se prendió a Chaumette, a quien el Comité de Salud pública destituyó la víspera, reemplazándole por Cellier. El alcalde Pache fué destituido por el mismo Comité. Anacharsis Cloots fué detenido antes el 8 nivoso (28 diciembre), acusado de haber querido averiguar si una dama constaba en la lista de sospechosos. Leclerc, el amigo de Chalier, venido de Lyon y colaborador de Roux, fué incluido en el mismo proceso.

El gobierno triunfaba.

No se saben los verdaderos motivos de aquellas prisiones del partido avanzado. ¿Había complot para apoderarse del poder sir-

viéndose del « ejército revolucionario » de Ronsin? Es posible; pero no sabemos nada positivo.

Los hebertistas fueron enviados ante el tribunal revolucionario, llevando la iniquidad hasta hacer lo que se llamaba una « amalgama ». Se puso en la misma hornada banqueros, agentes alemanes al lado de Momoro, que desde 1789 se distinguió por sus ideas comunistas y que dió a la Revolución cuanto poseía, de Leclerc, el amigo de Cha-



PROCESO DE DANTON, CAMILO, CHABOT, ETC.

lier, y de Anacharsiss Cloots, « el orador del género humano », que entrevió en 1793 la república del género humano y que osó hablar de ella.

El 4 germinal (24 marzo), después de un proceso de pura forma que duró tres días, fueron todos guillotínados.

Aquel fué un gran día de fiesta en el campo de los realistas, de que París rebosaba. Las calles estaban llenas de *muscadins*, vestidos de la manera más exagerada, que insultaban a los condenados en el camino del cadalso. Los ricos pagaban enormes precios por los sitios más inmediatos a la guillotina para gozar con la muerte del autor del *Père Duchesne*. « La plaza se convirtió en un teatro », dice

Michelet. Y «alrededor se formó una especie de feria; los Campos Elíseos, con enorme concurrencia, estaban risueños como en los grandes días». El pueblo, triste, se ocultó: sabía que se mataba a sus amigos.

Chaumette fué guillotinado después, el 24 germinal (13 abril), con el obispo dimisionario Gobel, inculpados de irreligión. La viuda de Desmoullins y la viuda de Hebert formaban parte de la misma hornada. Pache se libró de la muerte, pero fué reemplazado como



MONTAÑESES CONDENADOS A MUERTE QUE SE SUICIDAN EN LA CÁRCEL.

alcalde por el insignificante Fleuriot-Lescout, y el procurador Chaumette, por Cellier primeramente y después por Claude Payan, un hombre adicto a Robespierre, que se ocupó más del Ser Supremo que del pueblo de París (1).

Los dos Comités, de Seguridad general y de Salud pública, se sobreponían al Ayuntamiento de París. La larga lucha que sostuvo aquel foco revolucionario desde el 9 de agosto de 1792 contra los

(1) La ley del 14 frimario (4 diciembre), que establecía el «Gobierno revolucionario», reemplazó los procuradores de los municipios, elegidos por *agentes nacionales*, nombrados por el Comité de Salud pública. Chaumette, confirmado en sus funciones, pasó a ser un «agente nacional». Después, el día en que se prendió a los hebertistas, el 23 ventoso (13 marzo), el Comité de Salud pública hizo votar por la Convención una ley que permitía reemplazar provisionalmente los funcionarios elegidos de los municipios que destituía. El Comité, en substitución de Pache, nombró a Fleuriot-Lescout alcalde de París, en virtud de dicha ley.

representantes oficiales de la Revolución, terminaba. El Ayuntamiento que durante diez y nueve meses sirvió de faro a la Francia revolucionaria, iba a convertirse en rueda de la máquina del Estado. Como consecuencia necesaria, el derrumbamiento.

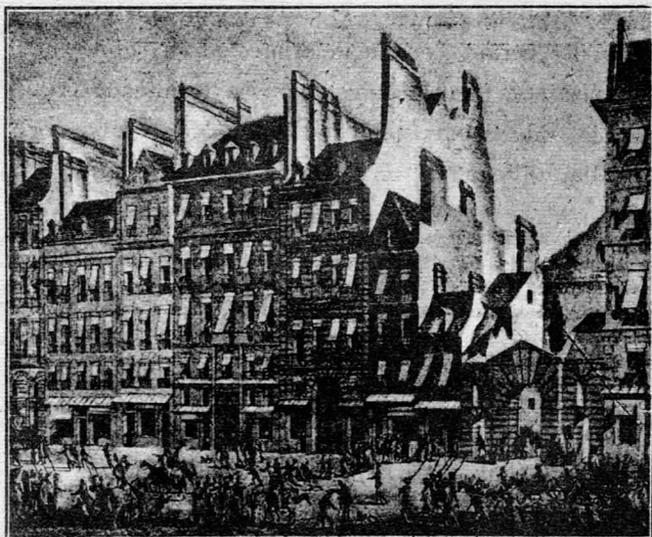
Sin embargo, el triunfo de los realistas después de aquellas ejecuciones fué tan grande, que los Comités se veían ya desbordados por la contrarrevolución. A ellos se les preguntaba entonces por la Roca Tarpeya, tan cara a Brissot. Desmoulins, cuya conducta fué innoble cuando la ejecución de Hebert (él mismo la refirió), lanzó un séptimo número de su periódico, enteramente dirigido contra el régimen revolucionario. Los realistas se entregaban a locas manifestaciones de alegría, e impulsaban a Danton al ataque contra los Comités. Toda la masa de los girondinos, cubriéndose con el nombre de Danton, trataba de aprovechar la ausencia de los revolucionarios hebertistas para dar un golpe de Estado, lo que hubiera representado la guillotina para Robespierre, Couthon, Saint-Just, Billaud-Varenne, Collot d'Herbois y tantos otros. Era el triunfo de la contrarrevolución desde el principio de 1794. Entonces los Comités se decidieron a dar un gran golpe a derecha sacrificando a Danton.

En la noche del 30 al 31 de marzo (9 a 10 germinal) París supo con estupor que Danton, Desmoulins, Philippeaux y Lacroix habían sido presos. Sobre un dictamen de Saint-Just a la Convención (redactado sobre un borrador formado por Robespierre, y que se ha conservado hasta nuestros días), la Asamblea ordenó inmediatamente el proceso. El Pantano, obediente, votó como se le indicaba. Los Comités hicieron una nueva «hornada», y enviaron todos juntos ante el tribunal revolucionario, Danton, Desmoulins, Bazire, Fabre, acusado de falsificador, Lacroix, de pillaje, Chabot que reconocía haber recibido (aunque sin gastarlos) cien mil francos de los realistas para un negocio, el falsificador Delaunay y el entremetido Julien (de Tolosa).

El proceso fué sofocado. En el momento en que la vigorosa defensa de Danton amenazaba provocar un levantamiento popular,

se cortó la palabra a los acusados. Todos fueron ejecutados el 16 germinal (5 abril).

Compréndese el efecto que causaría sobre la población de París y los revolucionarios en general la caída del Ayuntamiento revolucionario de París y la ejecución de hombres como Leclerc, Momoro, Hebert y Cloots, seguida de la de Danton, Camilo Desmoulins y



LOS HEBERTISTAS CONDUCIDOS AL CADALSO

Chaumette. Esas ejecuciones se consideraron en París y en provincias como el fin de la Revolución. En los círculos políticos se sabía que Danton servía de centro de unión para los contrarrevolucionarios; mas para Francia en general seguía siendo el revolucionario colocado siempre en la vanguardia de los movimientos populares. «Si esos son traidores, ¿de quién nos fiaremos?» se preguntaban los hombres del pueblo. — «¿Pero son traidores?» se preguntaban otros. «¿No es un signo evidente de que la Revolución toca a su fin?»

Y así era en efecto. Una vez detenida la marcha ascendente de la Revolución; presentada una fuerza capaz para decirle: «De aquí no pasarás»; y esto en uno de los momentos en que las reivindicacio-

ciones eminentemente populares buscaban su fórmula; cuando esa fuerza pudo abatir las cabezas de aquellos mismos que procuraban formular esas reivindicaciones, los verdaderos revolucionarios comprendieron que la Revolución tocaba a su término, y no dieron crédito a las palabras de Saint-Just, quien les decía que había llegado a pensar como aquellos a quienes enviaba a la guillotina.

Efectivamente, el triunfo de los Comités sobre el Ayuntamiento de París era el triunfo del *orden*, y, en revolución, el triunfo del orden es el cierre del período revolucionario. Podrán sobrevenir aún algunas convulsiones, pero la Revolución ha terminado (1).

El pueblo, que había hecho la Revolución, acabó por desinteresarse de ella, cediendo el terreno a los *muscadins*.

(1) Con Pache y Chaumette desaparecían de la Revolución dos hombres que habían simbolizado para el pueblo la *Revolución popular*. Cuando los enviados de los departamentos fueron a París para significar la aceptación de la Constitución, se extrañaron de hallar París completamente democrático, dice Avenel (*Anacharsis Clootz*, t. II, págs. 168-169). El alcalde, el tío Pache, venía del campo, a pie, con su pan en el bolsillo; Chaumette, el procurador del Ayuntamiento, «habita en una sencilla habitación con su mujer, que remienda la ropa, y a quien llama a la puerta, responde: ¡Adelante! Lo mismo que en casa de Marat». El *Père Duchesne*, el orador del género humano, todos igualmente accesibles. Tales eran los hombres que se quitaban al pueblo.

